¿DE LA ILUSIÓN AL DESENCANTO? DISCURSOS EUROESCÉPTICOS Y GIRO *ILIBERAL* EN LA EUROPA DEL ESTE (2004-2018)

José Antonio Rubio Caballero
Universidad de Extremadura
jrubcab@unex.es

1. Introducción

Desde que ingresaran en la Unión Europea a principios del siglo XXI, los países pertenecientes a aquello que hasta hace poco se conoció como *Europa del Este* han asistido al desarrollo de unos singulares discursos políticos y de unas prácticas de poder a las que, cada vez con más frecuencia, se les viene atribuyendo la triple etiqueta del *euroescepticismo*, el *iliberalismo* y el *nacional-populismo*. El fenómeno ha sido respaldado por amplios sectores de las sociedades concernidas y no ha dejado de causar extrañeza en esferas institucionales, mediáticas y académicas de Occidente, al suponerse que los pueblos recientemente salidos de dictaduras comunistas -además, mediante transiciones erigidas en modelos de civismo- serían los más entusiastas miembros del club demoliberal y sus alumnos más aplicados. Y si bien es cierto que la triple etiqueta arriba mencionada no es patrimonio exclusivo de la Europa poscomunista -Italia, Francia, Alemania o Reino Unido, entre otros, también conocen de primera mano dicha tendencia- es sin duda en esa mitad oriental del viejo continente donde el referido fenómeno goza de más difusión social y de más presencia institucional, y donde su éxito resulta, por las razones antes citadas, más sorprendente.

Aunque en dosis y proporciones variables, los elementos doctrinales del euroescepticismo, del iliberalismo y del nacional-populismo suelen presentarse entremezclados en la retórica de este tipo de movimientos políticos. El nacional-populismo -conocido también como *derecha populista*, *nacional-conservadurismo* o *derecha radical* (Skenderovic 2009; Kaplan y Weinberg 1998)- remitiría simultáneamente a un ideario político, a un estilo discursivo y a un modelo de liderazgo fundamentado en el rechazo de una élite dirigente profesionalizada que

habría secuestrado la democracia, sustrayéndose del control de los ciudadanos, y en la exaltación, por contraste, de un pueblo definido sobre una base nacional o étnica y entendido como la encarnación de todas las virtudes políticas. Traducción del malestar de las poblaciones del mundo desarrollado, ese nacional-populismo estaría igualmente marcado por el patriotismo vigoroso, por la apología de las tradiciones e identidades colectivas que el capitalismo globalizado tendería a deshacer, el rechazo a la inmigración, el flirteo con el autoritarismo y el proteccionismo económico. Los regímenes establecidos por estos movimientos y partidos una vez llegan al poder han sido calificados como *democracias iliberales* (Zakaria 1997), pues aun no quebrando los márgenes formales de la democracia acabarían reduciéndola a su mínima expresión -básicamente, el procedimiento electoral- descuidando el resto de las condiciones propias de los sistemas pluralistas. El euroescepticismo, tercer ingrediente del cóctel, consistiría en «una actitud general bien de oposición abierta hacia el proceso de integración europea, o bien de desconfianza moderada hacia el mismo» (Taggart 1998). La demoscopia viene revelando que las sociedades del este europeo son «igual o incluso más críticas en relación a la Unión y a su integración que los ciudadanos de la Europa de los quince» (Doyle y Fidrmuc 2006)[1]. El al menos aparente entusiasmo inicial por la integración en Europa se disipó en estos países con rapidez. Antes de la adhesión de sus estados a la *UE*, culminada en 2004, el 57% de los ciudadanos consideraban dicho ingreso como positivo, pero el porcentaje había bajado a un 43% solo siete años después, en 2011 (Schlenker 2012: 97)[2].

Se propone a continuación un breve estudio sobre la naturaleza, las formas y el contenido de ese tipo de discursos; las causas tanto genéricas como específicas que han podido conducir a su expansión social y a su éxito electoral; y, por último, el examen sucinto de algunas de sus más acabadas materializaciones, ubicadas todas en la Europa centro-oriental de reciente pasado comunista.

2. Razones de un viraje

La crisis financiera mundial iniciada en 2008, que desde los Estados Unidos se extendió hacia Europa, viene siendo ubicada en la cúspide de la lista de factores causales que se emplea para explicar el advenimiento de cualquier fenómeno político y social reciente. La espiral depresiva en que entraron las economías de los países más prósperos del mundo se abrió con el pinchazo de la burbuja inmobiliaria en EEUU, y cursó luego con un ciclo de recesión comercial y de incremento del paro, que obligó a su vez a los Estados a decretar impopulares recortes en las prestaciones sociales, con la consiguiente precarización de unas clases medias y trabajadoras que vieron cómo descendían fuertemente sus estándares y expectativas vitales. El corolario de todo ello fue el descrédito, a los ojos de muchos, del

[1] Hungría, Polonia y República Checa registran tasas de participación inferiores al 60%. Excepto en Lituania y en Eslovenia, menos de la mitad de los ciudadanos censados votaron a favor de la adhesión a la *UE* en 2004.

[2] La encuesta del Eurobarómetro de 2011 indica las discretas cifras de identificación ciudadana con el proceso de integración europea: Letonia, 24%; Chequia 30%; Hungría, 31%; Eslovenia, 38%; Estonia, 47%; Bulgaria, 48%; Lituania, 48%; Eslovaquia, 48%; Polonia, 51%; y Rumanía, 57%.

sistema económico liberal, de la tecnocracia y de la globalización mundial. Millones de ciudadanos presos del desengaño o el resentimiento escucharon con simpatía las soluciones simples y drásticas, de corte nacionalista y proteccionista, que empezaron a ofertar movimientos protestatarios, ya fueran estos de nuevo cuño o veteranos, pero hasta entonces carentes de audiencias masivas.

La desterritorialización del poder político -derivada de la creación de pujantes instituciones *trans* y *supra* nacionales que de algún modo se alejan del escrutinio ciudadano-, la desmaterialización y la digitalización de la economía, la deslocalización productiva, el avance de unas finanzas nómadas e inasibles amparadas en la absoluta libertad de movimientos, ayudan también a que aquellos que se ven damnificados busquen refugio en los abrigos que son la patria, el Estado, o de poderes reconocibles, pequeños, palpables y fundamentados en alguna tradición o identidad histórica. Según constata Ivan Krastev (2017: 69), «vivimos en un mundo más conectado, pero menos integrado», y a esa ausencia de cohesión se le estarían buscando remedios de muy diverso tipo. Por otra parte, la afluencia masiva a Europa de poblaciones inmigrantes llegadas desde algunas de las regiones mas deprimidas del planeta ha acrecentado también la inquietud de muchos segmentos de las sociedades de acogida. Las alteraciones demográficas y culturales derivadas de tales procesos, más sus posibles repercusiones en la situación laboral y económica de los segmentos sociales más vulnerables de los países receptores, han alimentado movimientos opuestos a la política de puertas abiertas.

Crisis e inmigración aparte, tampoco puede obviarse otro factor causal decisivo. Las bolsas de votos que perpetuaban la hegemonía de las opciones políticas tradicionales se han desinflado en los últimos años, modificándose por añadidura los equilibrios de los sistemas partidistas nacidos del consenso posbélico europeo. El juego electoral que desde hacía décadas se sustentaba en una lógica de bipartidismo imperfecto se ha complicado con la diversificación de la oferta electoral. Lo que los parlamentos han ganado en pluralidad lo han perdido en estabilidad. A los pocos partidos hasta hace poco dominantes les han surgido competidores serios por la derecha y por la izquierda, muchos de los cuales participan de esa oleada *populista* que seduce al electorado. La radicalización de las posturas es común, pues, en ambos flancos del espectro político, del mismo modo que se agudizan las diferencias entre una izquierda y una derecha que en las últimas décadas parecían comandar por senderos convergentes, casi indiferenciables.

Y son sin duda las fuerzas de corte conservador y nacional-populista las que, desde inicios del siglo XXI, más responsabilidad han demostrado tener en el debilitamiento de aquellos partidos de centro-derecha o de centro-izquierda que tradicionalmente y sin mayores sobresaltos se venían turnando en el poder. Tras la Segunda Guerra Mundial, una suerte de pacto socialdemócrata fue tácitamente sellado por la derecha democrática y por la izquierda moderada, de forma que cada una de ellas colocaba en la síntesis triunfante -el paradigma antropológico posmoderno- una aportación doctrinal propia. El progresismo dominaría en el plano moral o cultural, mientras que el liberalismo y el mercado libre serían la norma en el terreno económico. La hegemonía cultural correspondería pues a las izquierdas, y el marco material seguiría regido esencialmente por las doctrinas de la derecha. Ambas ganaban en

parte, incorporando al *Zeitgeist* una mitad de su cosmovisión, pero dejando relegada la otra mitad: la izquierda se iría desentendiendo de muchos de los principios ligados al movimiento obrero, y la derecha se amoldaba a regañadientes al relato progresista. Ambas sobrevivían pero se descafeinaban. Se abría lentamente una brecha entre las esencias de cada una y sus prácticas en la política real. Lejos de ser denunciada, tal brecha fue generalmente percibida por la mayoría de los adeptos de cada uno de esos dos hemisferios como un mal menor, como un peaje obligado. Lo importante era evitar que el adversario colmase cualquier vacío dejado por inacción o negligencia. La derecha se aseguraba la pervivencia del capitalismo y la izquierda se adjudicaba el nada intrascendente control de las conciencias. El equilibrio mostró notable estabilidad en los países occidentales después de 1945, y sus engranajes fueron incluso perfeccionándose. Tanto, que a raíz de la oleada contracultural del 68 y la crisis energética de los setenta, se asistió a poco menos que una hibridación entre las fórmulas de una y otra. La vuelta de tuerca final llegaría en la década de 1990. El derrumbe del comunismo, la expansión de la *nueva economía* y el triunfo, al menos aparente, del capitalismo globalizado, acabaron por consagrar el triunfo de ese bloque discursivo sincrético, compactado, casi indiferenciable, que formaban el liberalismo económico y el progresismo cultural. La victoria, no obstante, fue efímera. La Gran Recesión, sumada a las intensas migraciones procedentes del sur, la confianza que sectores enteros de las poblaciones occidentales habían depositado en el sistema, en sus instituciones, élites y partidos, empezó a debilitarse. Y en semejante contexto, el reciente éxito de los partidos nacional-populistas puede leerse como la victoria de quienes han sabido ocupar oportunamente espacios que habían quedado abandonados y que volvían a cobrar atractivo. En su camino hacia el centro político, la izquierda había privilegiado lo cultural sobre lo material, y la derecha había hecho lo mismo, solo que circulando en sentido opuesto. Ha sido con la llegada de las turbulencias socioeconómicas cuando ambas han empezado a sufrir defecciones por sus flancos débiles, como castigo por sus olvidos.

La aquiescencia de los partidos de derecha ante los modelos culturales inspirados por el progresismo académico y mediático parecen haber llevado a parte de la pequeña y mediana burguesía conservadora a rebelarse contra sus teóricos representantes del *establishment*. Desengañados ante el pragmatismo de estos, ante su concepción tecnocrática del poder, y ante la casi ausencia de proyecto societario, tales segmentos de la población han mirado con simpatía a opciones que se proclaman más auténticas, dispuestas a «dar la batalla de las ideas». Pero el otro gran aporte electoral recibido por las formaciones nacional-populistas vendría desde la izquierda sociológica y las capas populares y obreras. El divorcio entre este segmento de la sociedad y las organizaciones políticas que desde el siglo XIX venían representándola se fue haciendo visible. Con razón o sin ella, buena parte del electorado popular y obrero ha percibido que las razones para aproximarse a la izquierda política solo pueden derivar de la adhesión del votante a un determinado modelo de sociedad, de su identificación con el llamado progresismo cultural. Centrada en proteger a minorías e identidades particulares, auspiciar el multiculturalismo cosmopolita, suscribir y canalizar reivindicaciones feministas o ecologistas, volcada, en suma, sobre las llamadas *preocupaciones postmateriales* (Inglehart 1991), la izquierda habría relegado a las esquinas de su agenda el programa económico y la vocación redistributiva. Y en un contexto de

debilitamiento del *welfare state*, segmentos sociales de perfil a priori izquierdista se orientan hacia la derecha nacional. Con esta última aquellos conectan mejor, por coincidir en el rechazo a la inmigración, en el desprecio hacia unas élites concentradas en fútiles experimentos culturales, en el miedo hacia una globalización que desmenuza a las patrias, y en el repudio hacia unas instituciones supranacionales opacas y lejanas. En consecuencia, y por encima de las disparidades existentes entre las culturas políticas de las que pudieran proceder, los electores de ambos flancos del tablero ideológico parecen estar convergiendo, al emitir un reproche similar.

La suma de los factores hasta ahora desglosados, sin embargo, no hubiera bastado para dar alas al nacional-populismo si otro fenómeno -acaso el más característico del siglo XXI- no hubiera tenido lugar. Se trata de la expansión de los medios digitales de información y la galopante democratización de su uso. Bendecidas en un primer momento como una preciosa oportunidad para «profundizar y complejizar la democracia» (Cardon 2010), las llamadas redes sociales tardaron poco en mostrar otras caras menos amables. Ha ido cundiendo la idea de que, tampoco en este terreno, calidad y cantidad tienen por qué que ir de la mano. Antes al contrario, solventes observadores llegan a afirmar que el entorno pretendidamente democrático de Internet, especialmente cuando se relaciona con los asuntos públicos, tiene mucho de «universo populista» (Brochet 2017), cuyo logro esencial no ha sido otro que el de sortear a los cuerpos intermediarios. ¿Cómo soslayar la correlación existente entre la democratización del uso de las tecnologías digitales y la emergencia de movimientos plebiscitarios, el debilitamiento de los partidos políticos tradicionales, el desgaste de las instituciones representativas y el descrédito de las autoridades morales o culturales que venían actuando como vigas maestras de las democracias? Ni la reducción del debate público al choque de frases ruidosas, ni los bombardeos cruzados de medias verdades, ni el imperio de las emociones, ni el socavamiento del rol de *gatekeepers* hasta ahora detentado por profesionales de la información, serían ajenos al auge del populismo. Cuando la interactividad se convierte en sobrestimulación y la abundancia en sobrecarga, la capacidad prescriptiva de instituciones y élites culturales se resiente. Y el modelo democrático hasta ahora conocido en los países más prósperos se desborda, al mismo ritmo en que gana volumen la voz de sus impugnadores, cabalgando por las autopistas digitales.

3. La singularidad del este

El fenómeno hasta aquí descrito tiene un carácter cuasi global, toda vez que son principalmente las naciones del occidente democrático -aquellas cuya influencia sobre el resto del planeta está fuera de toda duda- las que lo vienen conociendo. Ahora bien, el presente estudio pone la focal en la concreta región de la Europa oriental, dado que es allí donde ese desencanto democrático presenta más intensidad, y donde el auge de los discursos populistas está resultando más llamativo. Los ya explicados síntomas de desgaste de la democracia convencional parecían más llamados a emerger antes en aquellos países donde la rutina democrática estaba más consolidada. El optimismo imperante a finales del siglo pasado estimó que otros Estados recién amanecidos a la democracia se verían menos expuestos a tales fenómenos, al estar sus sociedades más impregnadas de entusiasmo

colectivo ante la recién estrenada libertad. Hoy es obvio que el vaticinio no se ha cumplido. Y el quinteto de variables causales antes citadas ha cobrado una mayor visibilidad, precisamente, en las democracias más jóvenes. Del mismo modo, el euroescepticismo ha adquirido más peso precisamente en los últimos incorporados a la Unión, esto es, en los países de la mitad oriental de Europa. Desembarazados del autoritarismo socialista, abrazaron el libre mercado con aparente rapidez, se integraron con impactante celeridad en las estructuras supranacionales creadas durante la *Guerra Fría* con la intención de contrapesar al comunismo y dejarlo atrás (la *OTAN* y la Unión Europea, principalmente). Sus gobiernos y cuadros dirigentes, bendecidos por las potencias del oeste y legitimados por unas transiciones en su mayoría pacíficas, enarbolaron una retórica perfectamente acorde con el credo liberal. No faltó tampoco la profesión de fe europeísta, y tanto mandatarios políticos como puntales de la vida cultural recordaban en 2004 que sus países no se integraban en Europa, sino que *regresaban* a ella. La *Europa del Este* se convertía en el *este de Europa* (Flores 2011), según atinada fórmula. Pero solo dos décadas después, el nacionalismo, en diversos grados, vuelve a cobrar peso entre el Elba y Moscú, al tiempo que los sistemas democráticos de la región comienzan a adoptar tonos antiliberales. El cuestionamiento de la política de asilo a inmigrados, por ejemplo, deja de ser un tabú. El rechazo del multiculturalismo en tanto que piedra angular de la democracia gana adeptos entre élites y masas de la región. Y manifestando una inopinada rebeldía ante el proyecto de convergencia continental al que parecieron adherirse jubilosamente, los países del área han acabado siendo -con permiso del Reino Unido- los miembros más díscolos de la familia europea.

Bucear en los motivos de semejante viraje obliga a pensar no solo en los factores causales de tipo genérico antes desglosados, sino a citar también algunas otras variables, relacionadas ahora con la historia específica de esta región y con sus peculiaridades culturales. Bien como lastre o bien como *magistra vitae*, la historia ha ejercido un fuerte condicionamiento en el devenir político de la Europa central y oriental de las tres últimas décadas. Diríase que el dramático siglo XX no está del todo borrado de la zona, si se piensa en los modos de actuar y de opinar de sus sociedades, y muy concretamente en el reverdecimiento de unos nacionalismos y de unos recelos antioccidentales que hasta hace poco se hubieran antojado anacrónicos, impensables. Sigue planeando sobre la idiosincrasia de los países del área, por ejemplo, la ausencia de complejo de culpa en relación al nazismo. En Hungría, en Polonia, en Eslovaquia o en Chequia, entre otros, la memoria de las décadas de 1930 y 1940 adopta tonos siempre sufrientes y maniqueos, repudiando cualquier argumento que sugiera o recuerde el colaboracionismo local. Por el rol de víctima desempeñado hace casi un siglo, estas sociedades se sienten hoy acreedoras de una especie de carta blanca para exhibir sus propios patriotismos sin problemas de mala conciencia. No es menor el condicionamiento ejercido por la inexistencia de tradición colonialista e imperialista en estas naciones orientales. Mientras que en Occidente la posmoderna cultura de la memoria se levanta sobre los principios de la contrición, las naciones que poco o nada tuvieron que ver con el expansionismo de siglos pasados entienden que la gestión de las oleadas inmigratorias ha de corresponder, en exclusiva, a sus responsables morales e históricos, las antiguas metrópolis.

Fundamental para entender la propensión de estos pueblos a enarbolar discursos nacionalistas es su tardía estatalización, solo consumada tras la implosión de los grandes imperios europeos. La obsesión por la salvaguarda de la frontera y la suspicacia ante cualquier fenómeno que pueda socavar la homogeneidad identitaria son deudoras de esa reciente construcción nacional, de esa susceptibilidad ante la menor amenaza de fagocitación. Por ello, aún hoy, la erupción irredentista que pueda brotar en el seno de alguna minoría nacional mal asimilada, la eventual intensificación de los flujos migratorios foráneos, las directivas que puedan adoptar las autoridades comunitarias y que no sean del gusto de los gobiernos locales, consiguen desencadenar reflejos nacionalistas, aislacionistas o victimistas.

El hartazgo generado por medio siglo de propaganda marxista e internacionalista también ha contribuido, de acuerdo con las leyes del efecto *boomerang*, a una cierta revalorización de las identidades nacionales. El brillo que en otras etapas se le negó a la particularidad local estaría resurgiendo. Con el ocaso del influjo soviético, los pueblos de la región se reencontraron con problemáticas culturales y nacionales que las dictaduras no habían zanjado, sino que habían mantenido en estado de congelación. El pasado se presentaba a los ojos de muchos como un repertorio de referentes valiosos; y al mismo tiempo muchos políticos, con notables dosis de oportunismo, vieron en la identidad un filón de argumentos con que galvanizar a unas sociedades escasas de anclajes ideológicos.

En quinto lugar, es preciso recordar que, tras el derrumbe del socialismo, las sociedades civiles de la Europa del Este no mostraron especial capacidad o interés en avanzar ideas concretas sobre el nuevo tipo de sistema que deseaban configurar. Las disidencias anticomunistas funcionaban impulsadas más por móviles socio-laborales (Polonia) o morales (Checoslovaquia) que por motivaciones estrictamente políticas. En Occidente, tal vaguedad programática no fue interpretada al principio como un hándicap estructural, sino más bien como una ventaja, pues les debería aproximar más rápido a la democracia capitalista. Se trató de otro exceso de optimismo. Pues la sustitución de un régimen por otro no era solo una reforma técnico-jurídica, sino que implicaba la apertura de toda una montaña de dosieres incómodos, llenos de pulsiones largamente reprimidas que también pedían saltar a la palestra.

El último aspecto que ayuda a explicar el escaso entusiasmo europeísta de las sociedades y gobiernos de la región puede ser buscado en la vieja pero arraigada idea de la *traición occidental*. Aunque igualmente legitimadas que las naciones del oeste para para aspirar a la democracia y a la prosperidad material, los países de la *otra Europa* habrían sido abandonados a su suerte por Occidente en los trances decisivos de la historia. Cobardía, cinismo o mezquindad habrían llevado a este último a inhibirse y a cerrar los ojos reiteradamente. Tal discurso -ya basado en realidades objetivas o en exageraciones demagógicas- alimenta el victimismo de las naciones postcomunistas. Países que hoy se ven legitimados para mostrarse indóciles, por ejemplo, ante una UE patroneada por dos potencias -Francia y Alemania- con poco derecho a impartir lecciones de moral.

4. Fracturas múltiples

Debajo de los motivos compartidos que explican el impulso nacional-populista en Europa central y oriental, y más allá de los denominadores comunes que lo caracterizan en su conjunto, están las sociedades, los colectivos humanos concretos, en toda su pluralidad interna. Es obvio que el fenómeno estudiado no adquiere en el interior de ninguno de los estados de la región una tonalidad homogénea, y que la receptividad de sus diferentes estratos sociales ante el mismo es variable. Las adscripciones ideológicas de los individuos de las sociedades posmodernas dependen de un difuso cúmulo de factores, y son muy diversos los *cleavages* que seccionan internamente a las comunidades, líneas que no solo atienden al nivel de riqueza material de los ciudadanos. Origen geográfico, educación y cualificación profesional, franja de edad, lugar de residencia y hasta género tienen peso en esas identificaciones políticas.

Así, podría establecerse sintéticamente que el discurso nacional-populista tiende a progresar en las regiones rurales y periféricas mucho más que en las ciudades de tamaño grande y medio. Las urbes importantes se han convertido en los indiscutibles centros prescriptores para el resto de los territorios, condenando paulatinamente a estos a la inanidad (Guilluy 2014). De ese malestar proteiforme y difuso se hacen portavoces precisamente los partidos de derecha populista (Casals 2003: 47), un malestar sentido por las poblaciones autóctonas de estas áreas, y muy especialmente las que pueblan las coronas periurbanas de las metrópolis. Históricamente rurales, estas zonas se hallan ya envueltas en los tentáculos más externos de la gran ciudad, viéndose afectadas por algunas de las ventajas, pero también por muchos de los costes que acarrea todo proceso de urbanización (inseguridad, delincuencia, tráficos ilegales, formación de guetos de inmigrados, etc.).

En términos de género, el de los partidos nacional-populistas es un electorado predominantemente masculino. Tanto, que en ciertas esferas académicas se ha entendido el fenómeno como la traducción política de la frustración del hombre blanco, desubicado *en* y avasallado *por* una posmodernidad metafóricamente femenina. Abrazar las ideas de patria y tradición sería, hasta cierto punto, un ejercicio de reapropiación de la virilidad amenazada (Grattan 2016; Kimmel 2013). Se trata, por otro lado, de un electorado joven. El descrédito de unos partidos socialdemócratas desgastados por largos años de ejercicio del poder, la pérdida de capacidad protectora de los sindicatos tradicionales, la disolución de la vieja cultura obrera o el temor de muchos a ser las próximas víctimas de la globalización, habría llevado a un cierto precariado juvenil a apoyar recetas soberanistas. En cuarto lugar, los respaldos del nacionalismo se hallan preferentemente en segmentos caracterizados por modestos niveles de estudios y por cualificaciones profesionales bajas, sectores en general más predispuestos a comulgar con los juicios maniqueos y con la visión simplista de la realidad que ofrecen los nuevos populismos. Y, por último, si se atiende a estratos económicos, cabe recordar que la derecha populista se ha convertido en el asidero electoral no tanto de las capas rotundamente desclasadas, sino en el referente de ciudadanos de la clase media inferior, atemorizados ante la posibilidad de que la globalización y los fenómenos que ella comporta (fluctuación migratoria, deslocalización industrial, robotización productiva y flexibilización laboral) tiren por tierra el pequeño estatus que el hasta ahora fiable estado del bienestar les había proporcionado, y averíen el ascensor social del que habían venido siendo beneficiarios.

Si, de acuerdo con lo dicho, son heterogéneos los perfiles sociológicos que han desembocado en el apoyo al nacional-populismo, y si igualmente son plurales los motivos que han llevado a los ciudadanos a comulgar con él, algo parecido puede decirse de la multiplicidad de rostros que ese fenómeno puede presentar en función del país que se considere. La particularidad de cada contexto nacional e histórico, y la especificidad de las correlaciones de fuerzas en que cada versión del populismo ha de desarrollar su liza, explican la variedad de caras que este puede llegar a ofrecer. Esa dualidad entre el fondo contextual compartido y la pluralidad de herencias históricas, de contingencias geopolíticas y de matices idiosincráticos ya se pudo apreciar durante los últimos años del siglo XX, cuando la *transición del comunismo al capitalismo* se declinó en una gavilla de tramas bien diversas: transiciones rápidas o lentas (en función del tiempo que tomara la transformación), transiciones profundas o superficiales (en función del alcance de los cambios que se consiguieran en lo institucional, lo social y lo económico) y transiciones suaves, ásperas o directamente bélicas (en función del grado de violencia que estuviera presente durante el proceso).

5. De las causas a los casos

Que en el análisis de lo social correlación no significa causalidad, y que en política premisas similares no generan forzosamente similares efectos, es una verdad indudable. Las circunstancias particulares que pueda presentar cada caso sometido a análisis influyen fuertemente sobre la concreción final y efectiva que hallen las corrientes de fondo y las tendencias generales. De ello da buena cuenta el fenómeno nacional-populista de la mitad este de Europa. Para constatarlo, basta con efectuar una simple ojeada sobre las diversas tipologías de dicha corriente en cada uno de los cuatro países que más se han adherido a ella. Aun estando todos incluidos en parecidas circunstancias históricas, culturales e idiosincráticas, los tonos discursivos predominantes de cada versión nacional de populismo, las tasas de éxito electoral que cada una alcanza en su respectivo estado, y el estilo político de los partidos y líderes que las representan, varían significativamente. De hecho, pueden tipificarse hasta cuatro modelos distintos, en función de un doble criterio: el nivel de difusión social del discurso nacional-populista, es decir, grado en que la ciudadanía de cada país acoge sus propuestas, y la naturaleza de las retóricas y prácticas iliberales desplegadas por sus gobiernos.

Así, Hungría y Polonia representan por sí mismas una tipología. En ambas naciones los partidos nacional-populistas han alcanzado el poder con una propuesta explícita, directa y poco ambigua, si bien es cierto que tanto en un caso como en otro dichos partidos tienen todavía a su derecha a opciones más radicales, que también gozan de representación parlamentaria. Una diferencia, no obstante, se puede establecer entre ambos casos. En Polonia, en el espacio que queda a la derecha del centro ideológico, existen dos grandes opciones políticas, una liberal y globalista, pro-europea, y otra conservadora y soberanista, euroescéptica, y es esta última la que desde 2015 detenta el poder. En Hungría, por el contrario, solo hay un partido en el espectro liberal-conservador, que es el que viene ejerciendo el poder en los últimos años y que encarna al nacional-populismo de este país. Se trata, en términos oficiales y formales, de un partido moderado y reformista, homologable a

cualquier otra fuerza integrante del Partido Popular Europeo, pero que en los últimos tres lustros, tras haber acogido en su seno tanto a la familia ideológica liberal como a la familia conservadora, se ha deslizado hacia posiciones más acordes con la doctrina populista. Es decir, dentro de ese amplio y vaporoso espacio que media entre el centro político y la extrema derecha, Polonia tiene tres partidos (dos grandes, el liberal y el conservador, y otro, radical y minoritario), mientras que Hungría tiene solo dos: uno muy implantado, oficialmente moderado pero orientado en los últimos años hacia el nacionalismo, y otro más radical, con menor potencia electoral.

La República Checa ofrece una segunda variante. Llegó al poder en 2017 una fuerza de muy reciente creación, a-ideológica, atrápalo-todo, que, a diferencia de las que dominan el panorama político húngaro o polaco, no coloca en el centro de su discurso preocupaciones de índole antropológica o cultural. El populismo *sui generis* de este partido mayoritario en Chequia residiría no tanto en una defensa abierta de ideales simbólicos gratos a la derecha de siempre (identidad nacional, defensa de la tradición, etc.), sino en el desvelo desacomplejado por cuestiones económicas y materiales. Se trataría de un populismo tecnocrático más que identitario, más pragmático que ideológico. Menos solemne y más directo, dirigido al hombre de a pie, con un estilo menos místico que el de la católica Polonia, y más *berlusconiano* y desenfadado. En el terreno de los hechos y de las prácticas cotidianas, las diferencias entre esta derecha gobernante en Chequia y la que controla los parlamentos de países vecinos no son excesivas, pero sí difieren sus estilos, sus referencias doctrinales y sus respectivos manantiales ideológicos.

El de Eslovaquia es, por último, un modelo sensiblemente distinto a todos los precedentes. Empezando por el hecho de que el discurso nacional-populista parece ser algo más o menos transversal a los principales partidos, se ubiquen estos o no en la derecha ideológica. No en vano, algunos de los temas y elementos entronizados por el primer populismo de la década de 1990 han podido ser recogidos, rentabilizados y mantenidos con vida por una formación socialdemócrata como *Smer*, hoy gobernante, que al menos sobre el papel es ajena a este tipo de posicionamientos.

Aunque pocos países del centro y este de Europa han quedado indemnes de la oleada nacional-populista del siglo XXI, fue en Hungría donde dicho movimiento alcanzó sus formas más canónicas y perfectas. A diferencia de lo sucedido en tierras checas o eslovacas -donde el populismo auténtico consiguió, a lo sumo, infiltrarse de forma parcial en la retórica o en las prácticas de dirigentes diversos- en Budapest las materializaciones más palmarias de este modelo político sí penetraron de lleno en las instancias del poder. Desde 2010, un discurso que asocia nacional-catolicismo, euroescepticismo y soberanismo económico viene siendo difundido por el partido *Fidesz* (acrónimo de *Unión Cívica Húngara*). A esa formación pertenecieron los jefes de Estado Pál Schmitt (2010-2012) y János Áder (elegido en 2012 y reelegido en 2017 para otro quinquenio), así como el hombre que se ha erigido en indiscutible protagonista de la vida pública nacional durante la última década, Viktor Orbán. Aunque ya entre 1998 y 2002 ejerció como primer ministro, sería solo en 2010, al arrancar su segundo mandato -y tras un paréntesis de ocho años de gobiernos socialdemócratas durante los cuales Hungría ingresó en la UE- cuando el líder de *Fidesz* imprimió un neto giro conservador

a su discurso. Desde entonces, son muchas las instancias que han considerado al magiar como el caso canónico de la deriva *iliberal* de Europa. Bajo sus dictados, la democracia húngara habría adquirido un fondo tendencialmente monocolor y unipartidista, merced a la vocación autoritaria de Orbán, y merced también al ascenso de otra formación más radical, lindante con la extrema derecha, llamada *Jobbik* (acrónimo de *Movimiento por una Hungría Mejor*), con la que *Fidesz* mantiene una ambigua relación de competición electoral y retroalimentación discursiva.

El rechazo de Budapest a acatar las directrices comunitarias en materia de inmigración, la exhumación de una retórica nacionalista que hasta fechas recientes parecía desterrada de las instituciones, las reformas del andamiaje jurídico estatal y la promulgación de una nueva constitución, la remodelación de los medios de comunicación públicos, los virulentos pulsos entablados con grandes nombres del capitalismo global como el del filántropo George Soros, o el acercamiento diplomático a regímenes mal avenidos con Occidente (la Turquía de Erdogan y la Rusia de Putin), ilustran bien los designios -por lo demás nunca escondidos- de la derecha hegemónica en el país danubiano.

Considerada por muchos como el mayor éxito económico de la Europa poscomunista, Polonia también se ha convertido en un constante foco de atención internacional a raíz de su reciente evolución política, y ha pasado a ser el país que más ha inquietado a las autoridades de la *UE*. La razón no es otra que el acceso al poder de una formación política ostensiblemente distanciada de algunos de los principios del proyecto comunitario y de la cosmovisión liberal. Entre los años 2005 y 2007, y luego desde 2015, el partido derechista *PiS* (*Ley y Justicia*), dirigido por los hermanos Jarosław y Lech Kaczyński, imprimió a Polonia un giro netamente conservador, poniendo fin, con su primer acceso al poder, al ciclo de gobiernos del socialdemócrata Kwaśniewski, y desalojando del gobierno, ya en la segunda ocasión, a los liberales europeístas de *PO* (*Plataforma Cívica*). Cualquier relación exhaustiva de los discursos y de las actuaciones de corte nacionalista en cuyo origen está el *PiS* sería bien prolija: reformulación de la memoria pública y del relato nacional, reestructuraciones en el sistema de medios de información públicos, reformas de profundidad en el entramado del poder judicial, viraje notorio en la política exterior (con un acusado tensionamiento de las relaciones con los vecinos ruso y germano) y actitudes resueltamente desafiantes frente a la ortodoxia de la UE conformarían, a grandes rasgos, el panorama creado con los gobiernos del conservador *Ley y Justicia*.

Mientras que en Polonia o Hungría el populismo tuvo mucho de reacción consciente y asumida contra la hegemonía que los partidos liberales mantuvieron durante los años posteriores a la dictadura, en Eslovaquia, el partido *Smer* de Robert Fico (primer ministro entre 2006 y 2010 y entre 2012 y 2018) puede ser considerado como la versión descafeinada del nacionalismo duro, claramente populista, que dominó la escena nacional durante la última década del siglo pasado, bajo la batuta de Vladimir Mečiar. El carismático y omnipresente líder, que fuera en 1992 el promotor de la ruptura de Checoslovaquia, implantó un sistema lindante con el autoritarismo patriótico. Enterrada, al menos en apariencia, dicha era, y retirado de la vida pública el que fue principal obstáculo para la integración del país en la *UE*, una versión más moderada del nacionalismo regresaría al poder en Bratislava. El masivo electorado que años

atrás había venido apoyando a Mečiar fue a dar su respaldo, principalmente, al partido socialdemócrata, y solo los segmentos más radicales de aquel transfirieron sus votos a fuerzas contrastadamente nacionalistas. Eslovaquia cumplió con las exigencias en materia de libertades democráticas impuestas por Bruselas para ingresar en el club comunitario. Y entonces, el discurso del dirigente Robert Fico se decantaría hacia el soberanismo, en especial cuando se trataba de políticas de identidad e inmigración. Es cierto que sus desafíos a la *UE* nunca han alcanzado la contundencia de los que simultáneamente han planteado Varsovia o Budapest. Pero no es menos cierto que si el partido socialdemócrata gobernante en Bratislava solo se limita a flirtear prudentemente con el nacionalismo, son variadas las fuerzas eslovacas ubicadas a su derecha que sí asumen sus postulados, desde la liberal y atlantista *SAS* (*Libertad y solidaridad*), hasta los conservadores de *OLANO* (*Gente Corriente*) y de *SR* (*Somos Familia*), pasando naturalmente por los fascistizantes *LSNS* (*Partido Popular Nuestra Eslovaquia*) y *SNS* (*Partido Nacional Eslovaco*).

Al igual que ocurre en Eslovaquia, también en Chequia el panorama del nacional-populismo es más difuso que en los dos mascarones de proa de la *revolución conservadora*, Hungría y Polonia. En el país que nutriera de tantos emblemas al imaginario liberal -la figura de Vaclav Hável, la *Primavera de Praga* o la *Revolución de Terciopelo*- el fenómeno populista es más discreto, más temperado o comedido en las formas, aunque en compensación es más transversal que en tierras magiares o polacas, porque lejos de circunscribirse a un territorio ideológico concreto o ser monopolizado por una o dos formaciones políticas, circula caprichosamente por todo el espectro ideológico. De hecho, es precisamente un hombre de origen socialdemócrata, el actual presidente de la República, Miloš Zeman, quien mejor representa dicha evolución, habiendo formado un partido *atrápalo-todo*, el *SPO* (*Partido de los Derechos Cívicos*), como plataforma para conquistar el poder. Y el panorama lo completan, desde la última década, dos nuevos fenómenos: el muy disruptivo aunque por el momento no determinante *SPD* (*Libertad y Democracia Directa*), *eurófobo* sin ambages, más el huracán político dirigido por el magnate Andrej Babiš, llamado *ANO* (*Acción de los Ciudadanos Descontentos*, cuyo acrónimo al mismo tiempo quiere decir *Sí* en checo). Solo cinco años después de su fundación se convierte en el partido más respaldado en las urnas y en el más representado en la Cámara de Diputados. Su multimillonario creador se alza con el cargo de primer ministro, bien es cierto que teniendo que formar un extravagante ejecutivo junto con los socialdemócratas y -peculiaridades de la Europa postcomunista impensables en el oeste continental- contando con el respaldo parlamentario del Partido Comunista. Un escaso aprecio al codificado juego parlamentario, las promesas de poner término a la corrupción institucionalizada, la exhortación dirigida a los responsables políticos para *hablar menos y currar más*; la propuesta de gestionar el Estado con maneras empresariales, la desconfianza ante el burocratismo bruselense y el rechazo drástico a todo laxismo en materia migratoria, forman la amalgama con que Babiš ha atraído a buena parte del electorado checo.

La evolución descrita por estas cuatro naciones, que integran el llamado *Grupo de Viségrad*, es sin lugar a dudas el mejor exponente del actual fenómeno nacional-populista de Europa centro-oriental. Ello no impide que también en otros Estados de trayectoria histórica más o menos pareja la referida corriente se haya abierto paso: países con gobiernos de centro-derecha puntual y ocasionalmente tentados por el nacionalismo estentóreo (la Croacia del *HDZ*); países

con ejecutivos conservadores y euro-compatibles que, sin embargo, para mantener el poder han tenido que recurrir a alianzas con la ultraderecha (la Bulgaria de Boiko Borisov); países con mandatarios socialdemócratas procedentes de la nomenclatura comunista y herederos de sus métodos (la Rumanía del *PSD*); o unos Estados bálticos perfectamente integrados en la UE pero administrados durante años por políticos nacionalistas que no han dudado en cimentar su popularidad sobre la muy rentable retórica anti-rusa.

6. Cuestiones abiertas

Si la crecida del nacionalismo y el populismo es en la segunda década del siglo XXI una realidad fuera de toda duda, aún muchos de sus aspectos escapan a explicaciones concluyentes. La naturaleza profunda de este movimiento, los móviles que lo hacen carburar, las todavía misteriosas proporciones en que sus ingredientes constitutivos han de mezclarse para que la corriente obtenga éxito, y sobre todo, el porvenir que pueda aguardar al fenómeno y a las sociedades por él afectadas, siguen situándose más en el terreno de los vaticinios que en el campo de las certezas. Por ello, cualquier análisis del asunto exige el planteamiento, siquiera sucinto, de algunos de esos interrogantes, la exposición de esas dudas que salen rápidamente al paso. La sostenibilidad en el tiempo del fenómeno, su grado real de radicalidad, la verdadera naturaleza de su pretendida horizontalidad democrática, o hasta la inevitabilidad de su emergencia, son solo algunas de las materias que merecen reflexión y que aún no brindan respuestas claras.

Pues, en primer lugar, sería lícito preguntarse si nos hallamos ante una auténtica resurrección de las patrias, ante un impulso capaz de mantenerse en el tiempo desafiando a las poderosas corrientes de la globalización, o si por el contrario estamos solo ante un coletazo final, ante un canto del cisne. Enterada de la inminencia de su muerte y sabedora de su inevitabilidad, ¿estaría la nación ejecutando su grito postrero, estarán las identidades dejando ruidosa constancia, por última vez, de sus venerables existencias, antes de ser tragadas por la mundialización?

Surgen dudas igualmente en relación a la pretendida radicalidad de estos fenómenos, que tienden a ser apresuradamente desacreditados como simples frutos de la irracionalidad de los ciudadanos y de sus instintos más primarios, pero que bien podrían ser entendidos como el resultado de comprensibles y hasta cierto punto juiciosos deseos de regresar a determinadas ortodoxias culturales, tras décadas de laxismo globalista, y de conservar razonables márgenes de control sobre las decisiones políticas que afectan a sus existencias. Así, por muy tentador que resulte achacar los buenos resultados electorales de los llamados *antisistema* a la ignorancia de los votantes, o a la manipulación propagandística exitosamente desarrollada por maquiavélicos estrategas del *marketing*, no puede dejarse de lado una realidad más evidente y sencilla: que casi todo ello también ha sido provocado por las insuficiencias y déficits de los regímenes liberales (Ogien y Laugier 2016: 17), en términos de representatividad, de respeto de la opinión ciudadana, de independencia de los medios de comunicación y de capacidad política para controlar los movimientos, a la postre decisivos, del mundo financiero.

En tercer lugar, también las preguntas sobre la verticalidad del nacional-populismo sirven para sacar a la luz del día algunas incómodas contradicciones del discurso liberal-democrático. Líderes institucionales y voces autorizadas del *mainstream* político y cultural no ahorran elogios para con la democracia, la ciudadanía activa y la transparencia, y reconocen la necesidad de enterrar aquellas prácticas tradicionales que llevaron a construir grandes instancias de poder como la Unión Europea desde arriba y de espaldas a los gobernados; pero confrontados a los guarismos que arrojan muchos de los ejercicios democráticos por excelencia -las elecciones de representantes políticos- esas mismas voces autorizadas tienden a retractarse y a replegarse, desconcertadas. ¿Estaríamos, en suma, condenados a optar entre un despotismo ilustrado de nuevo cuño, poco presentable en términos propagandísticos pero de cierta previsibilidad en su gestión de lo público, y un democratismo populista de mejor prensa e imagen, pero abridor potencial de inquietantes cajas de Pandora?

Otro de los interrogantes que van asociados a esta crecida del pensamiento nacionalista, de reflejos populistas y de tendencias autoritarias, invita a nadar río arriba, y a remontar hasta uno de los orígenes del problema, que no es otro que la seria puesta en cuestión del llamado estado del bienestar. Todo movimiento social se desarrolla en mayor o menor grado gracias a la existencia de un descontento y de un malestar colectivo. Los nacionalismos populistas de los últimos años no escapan a dicha regla y, en su caso, el manantial de la desazón se halla principalmente ligado a la crisis del Estado-providencia, o, por decirlo con más exactitud, a la incapacidad de dicho modelo para satisfacer las necesidades que, según la mayoría de los ciudadanos, deberían ser atendidas eficazmente por las instituciones públicas. Pérdida de poder adquisitivo, precarización del empleo, recortes en las prestaciones sociales, reducción de las expectativas vitales y de las certidumbres que ese modelo keynesiano pudo brindar a generaciones precedentes… componen un cuadro que se repite, con mayor o menor contundencia, en todos los países de Europa. Una crisis de solvencia -fruto del desajuste entre el acelerado incremento de las necesidades sociales y el estancamiento o disminución de los recursos y la producción-, una crisis de eficacia -fruto de las malas prácticas a las que incentivaría, en razón de su lógicas inherentes, el propio sistema- y una crisis de legitimidad -fruto del avance de los valores individualistas a costa de una vaga e impersonal idea de solidaridad burocratizada-, estarían detrás de ese fenómeno de erosión y debilitamiento (Rosanvallon 1981). En consecuencia, preguntarse por el devenir inmediato de la marea de protesta en estas páginas estudiada ha de llevar a interrogarse sobre el devenir del estado del bienestar mismo, pues parece probado que el debilitamiento del segundo refuerza a la primera. ¿Se halla el modelo proteccionista realmente agotado y el fenómeno iliberal al que hoy se asiste no es más que la expresión del malestar de quienes se resisten a asumir un cambio que es inexorable? ¿Ese declive del estado del bienestar es fruto de una ineficaz gestión, o en realidad estamos ante un auténtico fin de ciclo histórico, ante un reajuste poco menos que *natural*, después de décadas de expansión artificial y desbocada? ¿Se trata de la enfermedad terminal de un modelo que ya alcanzó su plenitud y que estaría recobrando su tamaño lógico, poniéndose en sintonía con las reales estructuras demográficas y productivas que existen hoy en el Occidente postindustrial? ¿Se estaría ajustando dicho sistema a una nueva y antipática realidad, la de un mapa mundial del progreso que ya poco se parece a aquel en el que una

Europa joven, expansiva, dinámica, pujante y próspera dominaba a un mundo subdesarrollado y pasivo que le servía resignadamente como mero pedestal o como simple cantera de recursos?

Estas son solo algunas de las muchas cuestiones que gravitan en torno al fenómeno estudiado y cuyas respuestas se nos siguen escapando. Una cosa, al menos, es innegable: el llamado *fin de la historia* que el mundo, y especialmente Europa, parecía alcanzar con la caída del comunismo no ha sido tal. La democracia liberal no genera los consensos inicialmente previstos, y ni el liberalismo capitalista está llevando en volandas a los pueblos hacia una arcadia consensual, ni las antiguas rémoras -nacionalismos, comunitarismos- que en el siglo XX lastraron el ilusorio plan ilustrado del progreso perpetuo, han sido encerradas en un baúl bajo siete llaves. Entre otras cosas porque cada vez más sociedades deciden, con tino o no, que esas rémoras colectivistas no eran tales, sino valiosos asideros, tablas de salvación que merecen ser rescatadas del olvido. El futuro, decididamente, puede esperar.